

Encuentro y reencuentro con la poesía de Fernán Silva Valdés

El nido

Los árboles que no dan flores
dan nidos...

y un nido es una flor
con pétalos de pluma;

un nido es una flor
color de pájaro

cuyo perfume
entra por los oídos...

Los árboles que no dan flores
dan nidos.

Fernán Silva Valdés

ERA el tiempo de la infancia. Montevideo tenía aun tranvías, altos, seguros y sonoros, deslizándose por los rieles, surcos brillantes sobre el pavimento. Y para el niño el deslumbramiento del hecho corriente. — el hombre que suelda el riel — vuelto poesía:

¡Qué lindo!

Vengan a ver qué linda:

en medio de la calle ha caído una estrella

y un hombre enmascarado

por ver qué tiene adentro, se está quemando en ella.

Gracias a los libros de lectura y gracias a los buenos maestros, que procuraban darnos, junto con la realidad, el reino maravilloso de la poesía, fuimos conociendo y amando ese universo lleno de armonía y de mágico encanto:

Los árboles que no dan flores

dan nidos;

y un nido es una flor con pétalos de pluma...

Se quedaba prendida en nuestro corazón y en la memoria. — dinámica, trabajando nuestra interioridad — la bellísima imagen, *un nido es una flor color de pájaro cuyo perfume entra por los oídos*. Abría en nuestro espíritu quién sabe qué sugerencias, — vibraban quién sabe qué misterios —, removía quién sabe qué vivencias que en lo hondo del alma esperaban — desde siempre — ser tocadas.

Y para mí, niño ciudadano, desplegaba la presencia apenas conocida del campo: cuchilla, llanura, gritos del tero, los ranchos...

La poesía de Silva Valdés iba obrando un milagro que ahora sé que se califica como *estético* pero que en ese tiempo no se podía nombrar, no podía ser encasillado en un sistema porque era la vida misma...

Salón de clase, pizarrón y cuaderno. Ventana y afuera sol o lluvia; el pasaje de las estaciones... Y como un pájaro libre que volara raudamente desde las hojas del libro, era la emoción que siempre regresaba:

Y pasa dando tumbos la rústica carreta:

Un arroyo risueño

quiere atajarle el paso con su cinta celeste;

caen al agua las ruedas, y el arroyo, que es bueno,

— pagando bien por mal —

con su propia herida

le va colgando flecos...

Por los senderos de la primera tradición, vivos a fuerza de lejanos y añorados, se van levantando las figuras de la leyenda, reales, presentes por la fuerza de la palabra y la música austera, evocadora de la honda raigambre ancestral:

Venia

no se sabe de dónde.

Usaba vincha como el benteveo

y penacho como el cardenal

Si no sabía de patrias sabía de querencias...

Una puerta abierta al pasado mítico, impreciso y ahora tan cercano que las ágiles figuras ofrecían la gracia de sus movimientos ante los ojos interiores, en ese mundo de la imaginación ávida del niño:

Pericón, pericón,

baila dentro del rancho de terrón.

de amarillentas pajas

y de sillas inquietas y cojas,

mientras iban sonando en férreo contrapunto

adentro, las rodajas;

atuera, las coscojas...

Fue así como desde el banco escolar sentí ese olor fuerte de monte, esa plenitud viril, ese entregado amor por lo nuestro que emana de la poesía de Silva Valdés.

Andando el tiempo, llega en el lenguaje de la música, renovado el deslumbramiento.

Fabini, Ginastera, Cluzeau Mortet, crean música pura para los ya musicales versos de nuestro poeta. Y en un segundo encuentro, supe la trascendencia de esta obra, el empuje vital que significó el nativismo en las letras del Río de la Plata; lei y compartí juicios críticos que signaron definitivamente la fuerza sana de su poesía. Pero, quedará siempre más vivo, más intenso, más firme en la zona de lo esencial el primer encuentro, el de los bancos de la escuela, el que no olvidaré porque fue como una invitación a beber en el agua del tiempo de sus poemas, el agua luminosa de la Poesía.

Julio FERNANDEZ

(Especial para EL DIA)